

lenciosos que mirara esa misma tarde, estaban ahora animados por una vida que no sospechó. Aunque bien hizo él en compararlos con los enanillos del cuento de Blanca-Nieves, que nunca se cansaba de leer. Recordó haber dicho a su hermanita Susa—sin estar seguro de ello—solamente porque le hubiera gustado mucho que su fantasía fuera realidad, que los hongos eran enanitos, que tenían su casa bajo la tierra al pie de los grandes troncos, y que allí tenían sus camitas, sus sillitas, sus mesitas y sus gallinitas del tamaño de una araña y sus vaquitas que no eran mayores que un ratoncillo. Y Susa le creyó y despedazó algunos buscándoles la cara, las piernas y los brazos.

Bien estaba él, pues no era tan mentira su mentira. ¿Con que de veras tenían piernas y brazos y cabeza? Dónde los habían escondido, que él lo único que había podido encontrar hasta entonces era un tallo protegido por una especie de sombrero?

Tumbado en la hierba presenciaba el curioso desfile: los hongos menuditos que viera subiendo a lo largo de los troncos, muy ufanos con el gorrillo cónico más delicado que imaginarse pueda; aquellos un poco más grandes, blancuzcos, tantas veces contemplados porque le hacían la impresión de que salían del pie de los corpulentos árboles para desparramarse luego en filas por los alrededores, cada uno con el sombrero puesto, del mismo color y de la misma forma, lo que les daba el aspecto de chiquillos uniformados saliendo de la escuela; los bonitos hongos de un rojo brillante, que ponen su nota alegre sobre el verde oscuro del musgo, eran los más bulliciosos: se habían quitado sus cascos diminutos y los agitaban en el claro de luna; los racimos de hongos blanquísimos que tanto le llamaron la atención por el primor con que estaban agrupados, y que él creyera fabricados con los copos de espuma formados por el agua del arroyo al caer desde una altura, pasaron convertidos en lindas doncellitas vestidas con túnicas color de plata, con su cofia de nieve y sus cabellos rubios peinados en dos trenzas. Marchaban enlazadas por el talle y sonreían dulcemente; los hongos de turbante nacarado eran parlanchinas comadres; los grandes hongos rojizos, muchos de los cuales despedazara por curiosidad y en cuyo interior había una pelusa finísima y blanca, estaban transformados en hombrecillos bonachones con papada y barriga, que reían enseñando sus dos hileras de dientes sanos; los negruzcos tenían barba y eran más graves.

Una voz sutil cual una hebra de lluvia dijo:

—Ven con nosotros, Pascualillo; esta noche es la danza de los hongos. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan y el bosque entero está de fiesta.

—Mucho me gustaría ir con vosotros... sin embargo no iré. Esta es la hora que mi madre está acongojada porque no he llegado a casa. Mi padre me jalará las orejas.

—No temas, Pascualillo, ven con nosotros. Te prometo que en tu casa no echarán de ver tu vuelta. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan...

El niño no pudo resistir la tentación.

—No me atrevo a moverme, temo aplastaros con mis pies.

—Mira en derredor tuyo, Pascualillo. Hace rato no eres más alto que las espiguitas del yantén—replicó el hongo de sombrero escarlata que lo había invitado.

El niño rió al notar que en efecto, era del tamaño de las violetas y del hongo su amigo. Las margaritas de oro se balanceaban sobre su cabeza y una gota de agua al resbalar del pétalo de una de ellas le bañó la cara. Se revolcó de alegría entre la hierba y luego se puso en marcha.

El sitio designado para la fiesta era una explanada cerca de los Ojos de Agua.

Todas las filas de hongos que él había visto formarse al pie de los troncos se movían en aquella dirección. A

través del prado entre la hierba plateada por la luna, caminaban los hongos amarillentos y los hongos color sucio que nacen sobre el estiércol.

Pascualillo gritó al verlos y envió su sombrero por el aire. Este acto significaba siempre su más alta expresión de alegría.

Llegaron: las arañas verdes de los campos habían prendido sus telas entre las ramas para que el sereno ensartara en ellas sus gotas que brillaban a la luz de la luna. En los musgos que cubrían los troncos temblaban también goticas de agua y había gusanos de luz que a intervalos prendían su lámpara minúscula. Los graciosos gusanillos de San Juan adornados con penachos amarillos o negros, se balanceaban en el extremo de sus hilos y adornaban así el sitio designado para el baile. El suelo estaba tapizado de hierba fina, de lindas violetas de un morado muy oscuro y del trébol cuyas hojas llevan estampada una pequeña mancha blanca y cuyas flores son gallinitas encarnadas. La yerbabuena que crecía al borde del manantial, ponía en el ambiente su olor penetrante y estaba engalanada, por ser la víspera de San Juan—como lo cuenta la leyenda—con sus pálidas flores. Pascualillo nunca había visto florecida esta planta, y al repararla, tuvo presente la conseja recogida de los labios de su abuela, de que la yerbabuena florece la víspera del día de San Juan, para confortar al diablo que sufre en esa noche porque echa de menos el cielo. Por un momento tuvo miedo al pensar que en la madrugada vería al demonio—con cuernos, cola y echando fuego por los ojos y la boca—hacer su ramillete para colocarlo sobre el corazón dolorido y calmarlo; pero una ronda de los bonitos hongos rojos lo cogió al pasar y siguió con ellos dando saltos.

Los abejones negros que por ese tiempo abren agujeros en la tierra, habían dejado su trabajo y venido a curiosear junto con los grillos campestres y los saltones.

Lo que más gracia hizo a Pascualillo fué encontrar sus bueycillos de palo, labrados por él en un tronco de suave poró, entre la multitud de curiosos. Los había dejado a la vera del bosque, cerca de su casa, tirando de una carreta, obra suya también, y cuyas ruedas eran las mitades de una carrucha vacía.

—¡Hola!, ¿qué hacéis aquí?—preguntóles.

—Ya lo ves, amito, hemos venido también al baile de los hongos... Es la víspera de San Juan.

—Bien, bien... ¿Y cómo sabfais?

—¡Oh! amito: desde que comenzó este Veranillo no hemos hecho otra cosa que oír a los hongos del potrero y del bosque charlar y acicalarse para su fiesta de San Juan.

Pascualillo no se mató la cabeza meditando cómo los hongos, los abejorros, las arañas y sus bueycitos sabían de San Juan. ¿Acáso es tan difícil comprender esto? Además, creía sencillamente que todas las cosas piensan y sienten, y como aún no razonaba al igual de la gente grande, no se tenía por rey de la creación ni había reservado para el hombre estas particularidades.

Su yunta le contó también:—En la carreta hemos traído un gran hongo comestible que esplayaba su gordura cerca del lugar en que nos dejaste.

Ése no usa sombrero y es más feo que esos muñecos que bailan sobre nuestro trébol. Nos rogó lo trajésemos porque su barriga no lo deja caminar. Después añadieron:—¡Qué pequeño eres ahora, amito, te llevamos toda la cabeza!

A la media noche cayó una garúa finísima y al caer produjo una música deliciosa. San Juan llegó. Venía en el carro de estrellas que da vuelta al Norte del cielo⁽¹⁾ y que en esa noche se desprende para traer a la tierra al santo degollado por el cruel Herodes. Lo guiaba un ángel, en cuya frente estaba prendida la diminuta estrella que desde aquí podemos ver acomodada en el timón del

(1) La Osa Mayor.